

# Tomás Sánchez Santiago



Fotografía: Guille

Tomás SÁNCHEZ SANTIAGO (Zamora, 1957). Poeta. Ha publicado títulos como *Amenaza en la fiesta*, *La secreta labor de cinco inviernos*, *Vida del topo*, *En familia o El que desordena*. También las antologías *Detrás de los lápices* (Lisboa, 1999, texto bilingüe) y *Cómo parar setenta pájaros* (Salamanca, 2009). En prosa, *Para qué sirven los charcos*, *Los pormenores* y la novela *Calle Feria*. Se ha ocupado de autores como Bécquer, Julio Verne, Carlos Barral, Antonio Gamoneda, Claudio Rodríguez o Aníbal Núñez. Es miembro del "Seminario Permanente Claudio Rodríguez", con sede en Zamora. Reside en León.

## Obligación de escatimar

El cuidado del poeta ha de consistir en escatimar. En escatimar el uso de las palabras nobles, ennoblecidas por su resistencia a la usura desmesurada. Decía Sophia de Mello que una palabra demasiadas veces repetida termina por hacerse baba en la boca de quien la pronuncia. A eso nos van llevando los mensajes públicos, la retórica publicitaria, el lenguaje político lleno "de oscuridad y de locura", como dice Steiner, el martilleo verbal con que nos golpean una y otra vez con las mismas palabras desde los medios de comunicación. A veces nos prendamos ingenuamente de alguna de esas palabras. Nos parece que pronunciarla es adherirnos al espíritu -como una insignia que vuela por su cuenta a una solapa- una toma de postura que nos redime de entrar a formar parte de esa cola gregaria de transeúntes que son engullidos por las fauces numerosas del poder. De las formas diversas y enmascaradas del Poder. Pero a lo mejor resulta que es otra variación de la misma trampa, esa de servirnos y dejarnos ahí, a ojos vista (mejor: a pedir de boca), esas palabras brillantes de arenisca y llenas, al parecer, de una especial irradiación en su significado.

Me temo que eso ha pasado últimamente con el vocablo 'indignación' y toda su secuela de parientes más o menos lejanos. Se abrió la espita del uso para desgastarla cuanto antes. Desgaste por saturación. Esa otra manera de terminar con cualquier cosa, también con las palabras. Frente a esa amenaza, lo escatimado. Y ahí el poeta más que ningún otro.

Recuerdo con frecuencia un libro de Tomás Salvador González de título juguetón: *Favorables País Poemas*. Como quien da en el bolsillo interior de un traje raído con un inesperado papelillo de importancia aparentemente secundaria, uno se encuentra de pronto en ese volumen una nota lateral titulada "El lenguaje de los otros" que da razón del sentido del libro y de algo más. Ya que los lenguajes públicos se han apropiado sin clemencia y con descaro de ciertos recursos naturales de la poesía, vayamos nosotros a buscar la poesía precisamente a ese inframundo efímero de los titulares periodísticos, de los anuncios por palabras, de las ofertas publicitarias. Eso viene a decirse en la nota explicativa, casi disculpatória. Y eso hace el poeta zamorano: recortar, encolar y pegar palabras y enunciados ajenos, tirados al mundo, para tratar de recuperar por cuenta de otros ese lenguaje "condenado a desaparecer"; puesto que "el escritor no posee un lenguaje propio, se ve obligado a trabajar con el lenguaje de los demás, con el código común que es su lengua". Eso se lee en la nota que acompaña a este libro modesto y prodigioso.

Y a eso me aferro ahora, acaso para defenderme con más ahínco, cuando surgen palabras como emblemas peligrosos, como ventosas cargadas de previsible legitimidad que podrían ejercer con su manejo pródigo esa labor de titular una identidad determinada, algo que a fin de cuentas no está tan alejado de los procedimientos usurpatorios empleados en la dictadura sibilina de las marcas de las modas o en las disposiciones deliberadas de los lenguajes de las sanciones sociales. Una de esas palabras es esta que nos convoca aquí, esta que no repito, esta que escatimo con cuidado de miniador que trabaja, también, por omisión.

Y, sin embargo, en torno a esa misma resonancia verbal, en torno a la oquedad que deja la palabra que se sortea, habrá que permanecer dando vueltas, alerta y aportando pequeñas descargas. No por cumplir con una etiqueta sino por decir en voz alta, una vez más y siempre que se pueda, de qué están hechos los fundamentos del mundo que se nos impone desde cuartos oscuros. El poeta, el que ve en lo oscuro, debe entrar ahí y robar el fuego, salir con palabras, con las palabras de los otros, naturalmente, palabras que deben ponerse en las puertas de las casas de quienes viven asistidos por una tranquilidad inmerecida, al lado de la botella blanca y la mariposa doblada del periódico matinal. Y dejarlas ahí, a ver si arden.

En eso consiste todo. Y en seguir con este roer del lenguaje al que llamamos, sin miedo ninguno, poesía.



---

## Página

Derecho de todo el mundo a buscar su antes.

Bajo las heridas aún abiertas se revuelve una espera. Son los muertos no apuntados: huesos llovidos durante setenta y cinco años y ropas atormentadas por los quisquillosos animales de las cunetas.

Cerradas en falso, las heridas aún huelen. Con su nombre ardiendo entre las manos, hay cadáveres que acuden cada noche a los dormitorios abiertos de los jueces. Toman las apariencias sombrías de los hematomas y los contagios vergonzosos.

Mientras nos asomemos a unos labios abiertos y nos desvelen nombres agitados y zapatos en llamas, no pasará esa página la Historia, no entregarán del todo sus armas oxidadas los vencidos.

Una y otra vez, por mucho que los borren de los zócalos del mundo, se escribirán a sí mismos estos nombres pendientes. Y en las agendas de los concejales, los números de la venganza no empujarán jamás las sumas y los censos hacia la exactitud.



## Los que agitan el mundo

El orden numeroso de los bazares, sus anaqueles llenos de obscena exuberancia repetida, se tambalea desde hace tiempo.

Hay ángeles que soplan las trompetas de la escasez y todos marchamos sometidos hacia el rincón donde arde el miedo. Conductas y nóminas y repertorios se están estremeciendo y los insectos de la quietud se ponen en fuga sollozando hacia contrarios puntos cardinales.

Es el final de un país asilvestrado en el bienestar.

Bajo las cúpulas se toman decisiones para engrasar la rabia, que solo encuentra cartón mojado en los ojos de los que relinchan dulcemente

como aquel que muerde obleas  
y calla.

Oh, ¿quiénes sois los que podéis traficar así, sin guantes, con nuestros sueños? ¿cómo os trata a vosotros el agua en las palanganas de plata donde paráis a refrescar vuestro corazón? ¿dónde os pilla la noche cada día? ¿de qué habláis con los niños si es que os salen al paso? ¿qué hacéis sonar para olvidar la sed?

¿Quiénes sois? ¿Pero quiénes sois?

Y, sobre todo, ¿no os asustáis de empuñar con la misma mano cuchillos y ramos y paraguas cerrados con obstinación y turbias insignias para dañar?

¿Y nadie averiguará dónde guardáis, amontonada y sucia como ropa del sábado, la música de los insultos deslumbrantes que dejáis caer de cuando en cuando sobre el mundo con asco y solvencia?

(del libro inédito *Pérdida del ahí*)